

na, fijaba los ojos con más tenacidad que nunca en América, donde no sólo intentaba poner definitivamente á cubierto su Antilla magna de la codicia yankee, y no sólo, como había dicho al Gobierno de Washington, se gloriaba de hacer flotar su bandera en son de magnificencia en el Atlántico nordecuatorial, sino que ostensiblemente pretendía recuperar, si no sus colonias, sí su influencia en ellas, una especie de influencia soberana. Si luego, bajo el tono de su presuntuosidad, siempre fué paternal y nunca directamente injuriosa para su hija emancipada, la causa estribaba en que no quería que otros participasen con ella de esta ensoñada reconquista semi-moral, y que cuando se vió obligada á contar con Francia é Inglaterra y comprendió que forzosamente su papel iba á ser, cuando menos, la tercera parte de un papel, y cuando supo, y lo supo pronto, aunque hizo la comedia de la ignorancia, que se trataba de tornar monarquía á Méjico para el uso particular de un Archiduque, cuando España era almácigo de Infantes, verdadera borbonería sin destino seguro, tomó otro rumbo; mas antes, poco antes, daba instrucciones á su embajador Pacheco para procurar que España se colocase á la cabeza de la raza española en América, declarando que si había aceptado la independencia de sus colonias en un espíritu de buena fe, se entendía que, «en el progreso del mundo, España es y debe ser la que esté á la cabeza de todos los miembros de la misma raza». Agregaba Pacheco, en un famoso discurso, que había en Méjico un partido español y otro antiespañol formado casi todo de MESTIZOS, que era el reformista y había sido el insurgente; lo que significaba que S. S. tenía un ojo muy poco alcanzador; vió á la distancia de la punta de sus narices al partido conservador que lo halagaba y se declaraba español para contar con el astillero de la Habana, y de allí concluyó que había UN PARTIDO ESPAÑOL; había un grupo españolista acaso; pero ser eso era impopular aun entre los reactivos. Estas miras semi-reconquistadoras de nuestra antigua señora, se vieron traducidas al lenguaje parlamentario por un notable prócer de la política y de las letras hispánicas, que ya viejecito caduco y con labio trémulo, comparando á la primera Isabel con la segunda, HORRESCO, acertó á decir en el Senado español: «En aquellos días, como ahora, aumentó el peso de España en la escala política de Europa. Los soldados españoles conquistaron en la costa africana abundantes laureles y se preparan, en caso de necesidad, á enarbolar en Méjico, de nuevo, el pabellón de Hernán Cortés».

El único campo en que podía operar nuestra diplomacia en Europa era Inglaterra; en América contábamos con la buena voluntad fraternal de las repúblicas sud-americanas y con sus votos platónicos; no podían darnos, como lo habríamos necesitado, más oro que el de los versos de sus poetas; en esos momentos ¡ay! para poco nos servía; después sí, porque la poesía es el oro que queda, pero no el que circula, y de éste necesitábamos en sesenta y uno. Sólo Guatemala, bajo la dictadura de Carrera, nos era hostil, por rancio rencor internacional, por odio

á las ideas reformistas, odio personificado en el honorable plenipotenciario Neri del Barrio (marqués del Apartado en Méjico) y porque nosotros hemos representado siempre para los guatemaltecos el patrocinio de las tendencias unionistas centro-americanas, antipáticas á Guatemala. En América contábamos también con los Estados Unidos; ellos podían ayudarnos y lo debían, no por miras sentimentales, sino por la más clara conveniencia. Una intervención europea en Méjico era un peligro inminente mientras subsistiera la guerra civil que llevaba trazas de prolongarse indefinidamente y que los europeos tratarían de concluir por el camino de las mediaciones pacíficas, que, en realidad, postulaban el fin de la Federación. Una monarquía era, además de un peligro, un contrasentido, era el antagonismo con la Unión Americana, convertido en institución política, era el duelo á muerte á plazo indeterminado, pero ineluctable.

Y digamos aquí de una vez cuál es el supremo CONSIDERANDO de la condena definitiva formulada contra la intervención francesa en la conciencia UNIVERSAL, no sólo en la conciencia mejicana. Puede en su última indeclinable conclusión expresarse así: la intervención europea en Méjico era la premisa fatal de la pérdida de nuestra nacionalidad; los Estados Unidos, por instinto de conservación, habrían acabado con el imperio mejicano sojuzgando á la nación al día siguiente de rehecha la Unión; de eso dependía; ni de eso quizás, porque si hubiese llegado á distribuirse la federación americana en dos partes definitivas, la porción del Sur no habría podido vivir sino extendiéndose al Trópico, derramando en toda nuestra altiplanicie la tinta negra de la esclavitud; bien lo dijeron y hasta lo intentaron los confederados en el primer año de la guerra de secesión. Nacida la intervención francesa del pretexto patriótico de libertar la nacionalidad mejicana de la absorción yankee, preparaba indefectiblemente esta absorción (yankee ó sudista). Para que esto no fuera así, se necesitaba ó suprimir los Estados Unidos con su historia, sus necesidades de expansión y su programa de exclusión de la preponderancia europea elevado á la categoría de un dogma nacional (doctrina de Monroe), ó que dentro de la nacionalidad mortalmente amenazada, el patriotismo mejicano llegase á condensarse en un resorte de acero que la mantuviese incólume: ese resorte fué Juárez; toda la filosofía de la Intervención es la transcripción de esta metáfora en términos históricos.

Volvamos á nuestros relatos.

Precisamente en la época en que triunfaba la revolución reformista en Méjico, un nuevo criterio gubernamental se imponía en los Estados Unidos en la persona de Lincoln y con la organización del partido republicano. Puede decirse que éste había hecho su gran estreno en vísperas de la guerra separatista, echando por tierra en el Senado el tratado Mac Lane-Ocampo en odio á la política de Buchanan y los demócratas. La prensa republicana, en parte al menos, parecía inclinarse del lado de la Reacción y aun condenar la ayuda que nos habían impartido los marinos americanos en el asunto de Antón Lizardo. Las concesiones hechas á una compañía luisiana en Tehuantepec constituían otro motivo de desconfianza y queja de los republicanos unionistas contra Juárez. Tiempo se necesitó para rectificar el error; en la opinión fué parte importantísima en esta



obra la constancia asombrosa en la realización de propósitos profundamente patrióticos del Sr. D. Matías Romero, á quien los mejicanos debemos un monumento perpetuador de nuestra gratitud, de la gratitud nacional. El criterio del Gobierno nos fué favorable CLANDESTINAMENTE, digamos; fué corregido por las circunstancias características de aquella situación; por el temor, primero, de que el Sur adquiriese la alianza de Méjico, y luego por el odio á todo foco nuevo de influencia europea en América y, sobre todo, en la vecindad inmediata de la Unión rehecha á fuerza de sangre y oro. La lógica de aquella situación dividió la historia diplomática de esos años turbios en dos secciones claramente perceptibles y que pudieran denominarse así: Seward antes de Richmond y después de Richmond: ANTES, el miedo de una complicación con Francia lleva al Gobierno norte-americano á un dedo de la hostilidad hacia nosotros; DESPUÉS, todo entra en su quicio normal, en su necesidad histórica, digamos, y todo, Gobierno, ejército y pueblo muestran el puño de hierro á Francia, que esquivo el golpe y se va.

☪ Mr. Corwin era un miembro prominente del flamante partido republicano; durante la guerra del 47 había sido un valeroso amigo de Méjico, por amor á la justicia; después de desempeñar puestos conspicuos en el mundo político, abrazó la causa republicana contra los demócratas, no por odio á la esclavitud, porque tal no fué el móvil de los que sostuvieron la presidencia de Lincoln, en su mayor parte; este sentimiento, en germen acá y allá, se difundió á compás de la guerra; sólo cuando ésta fué gigantesca y tuvo la bandera del Sur en la mano Edmundo Lee, que parecía destinado á esclavizar la victoria por su ascendiente y por su genio, el sentimiento humanitario encontró su fórmula constitucional en los labios de Abraham Lincoln, y su expresión poética en el himno del martirio de John Brown convertido en canto de guerra. Entre la publicación de «La cabaña del tío Tom» y el canto á Brown se encierra todo el período heroico y humanitario de la historia nacional de los Estados Unidos.

☪ En la época en que Corwin recibió su nombramiento (Marzo de 61) las cosas se veían de otro modo; la lucha causada por la resolución del partido republicano de no dejar crecer los Estados esclavistas, tenía el aspecto económico de una contienda entre los Estados industriales partidarios de los aranceles protectores que garantían su vida y los Estados agrícolas (del Sur) necesitados de tarifas liberales que facilitasen la suya, y el aspecto político caracterizado por la antítesis fatal entre la tendencia centrípeta que se dirigía á reforzar los poderes federales—y tal fué la plataforma del partido republicano—y la tendencia centrífuga á convertir la federación en confederación (lo que era un retroceso) atribuyendo á los Estados facultades autonómicas. Cuestiones de orden constitucional eran, pues, éstas políticas y, por consiguiente, capaces de soluciones, si el Sur en este primer período hubiese tenido algún deseo de llegar á ellas, si no hubiese creído, cada vez con fe mayor, que obligaría por la fuerza de las armas al Norte á consentir en la SECESIÓN definitiva, en la ruptura irreparable de la Unión. Lincoln y su ministro de Estado y la mayoría republicana del Congreso, exceptuando el grupo de intransigentes radicales que se sobrepuso al fin, pretendían, al contrario, facilitar la REUNIÓN, negándose á declaraciones terminantes

respecto de la esclavitud, insistiendo en sus notas diplomáticas sobre la seguridad de llegar á una transacción constitucional con los disidentes; ordenando á sus agentes que no consintieran entrar en explicaciones ni siquiera en censuras respecto de las causas de la guerra, porque todo ello era un asunto de familia que en familia debía arreglarse. Lo que no vale decir que el Gobierno de Washington fuera víctima de su candidez, hiciese el papel de GUAJE, como decimos los mejicanos, de DUPE como dicen los franceses; mientras tendía puentes á los separatistas, procuraba cortarles retiradas, ya demostrándoles que era vana su esperanza de sobreponerse por las armas (lo que no logró sino al fin), ya impidiendo dos cosas que eran la pesadilla constante de Mr. Seward: primera que los del Sur fuesen reconocidos como BÉLIGERANTES por la Europa atlántica, en lo que el Ministro de Estado extremó su admirable talento diplomático halagando á veces y á veces amenazando audazmente; segunda, impidiendo á los disidentes aumentar sus fuerzas; y aquí era donde Méjico desempeñaba un papel de primera importancia. En Méjico, de tiempo inmemorial codiciado por los sudistas y más desde que Tejas entró á la Unión con menosprecio de todos los derechos internacionales, puesto que se llevó una parte del territorio de Tamaulipas en su movimiento de anexión; desde entonces, decimos, era inminentísimo el peligro del ensanche de los Estados esclavistas, ya sea por convenios con los Gobiernos de nuestra República, que se suponía en un estado desesperado frente á la anarquía interior y á los desembozados amagos de reconquista española, ya por medio de un conflicto que fácilmente surgiría de las invasiones probables de las bandas de filibusteros que, con ojos ávidos y rifles preparados, espían, puestos de codos en nuestras fronteras septentrionales, nuestras convulsiones y desmayos.

☪ El ministro Weller que sucedió á Mac Lane, no se había ocupado, al triunfo de la Reforma, sino en pactar con Zarco convenios que garantizaran la libertad religiosa (que holgaban en realidad, dadas la letra y el alma de la legislación de Juárez) y en tratar de sacar promesas de pago para las reclamaciones de los ciudadanos norte-americanos; y precisamente al salir Buchanan de la presidencia se retiró muy indignado porque creía que Zarco había reconocido como buena la deuda contraída por el Gobierno de Miramón con Jecker, lo que negó siempre el Gobierno mejicano y lo que jamás han podido probar aquellos á quienes por afirmar incumbía la prueba.

☪ El flamante Ministro que llegó en Abril á Méjico traía un negocio suyo y serias instrucciones. Su negocio consistía en agenciar la caducidad de la compañía luisiana que se había encargado de FERROVIAR el istmo de Tehuantepec, empresa que Mr. Corwin deseaba que se adjudicase á clientes suyos, sin duda. Sus instrucciones consistían en halagar á Méjico, en hacer con nosotros PATTE DE VELOURS, como dicen los franceses. Decía el Ministro americano, como por otra parte lo hacía el presidente Lincoln en su mensaje, que se acumulaban en su legación y en el departamento de Estado en Washington reclamaciones de ciudadanos norte-americanos contra nuestro Gobierno; reclamaciones á que se daría carpetazo mientras Méjico no saliese de la situación anárquica en que se encontraba, restableciendo firmemente el principio de autoridad que era la necesidad



suprema y así se encontrase capaz de asumir responsabilidades. Para llegar allí los Estados Unidos podrían ayudarnos materialmente, aun sacrificando una parte del escueto tesoro federal, por medio de un convenio ventajoso, es decir, de un préstamo con garantías serias de reembolso de nuestra parte; el Gobierno de Washington se felicitaba de que las ideas reformistas hubiesen triunfado, sin que esto significara que pretendiese ponerse activamente de lado de alguno de los partidos en lucha; ese Gobierno respeta, como respeta el mundo «las sencillas virtudes del heroico pueblo mejicano y, sobre todo, su amor inextinguible á la libertad civil.» Son éstas palabras del mensaje. Es verdad que la independencia de Méjico pelagra, sobre todo, por el filibusterismo aglomerado en la frontera bajo los auspicios del Sur. Y por cierto que, aunque el Gobierno legítimo de la Unión estaba tan interesado, como Méjico mismo, en que éste conservase su integridad territorial y su independencia, caso de que pensásemos, forzados por las circunstancias, en deshacernos de la Baja California, demasiado lejana del Centro para poder ser defendida, Mr. Seward reclamaba para su Gobierno el derecho de ser preferido como comprador. SUAVITER IN MODO.

☉ Lo mejor sería una suerte de alianza entre Méjico y el Norte, añadían en Washington, pues aunque el Sur tenía sus agentes en la misma ciudad de Méjico y éstos pretendían la amistad de nuestro Gobierno, esta amistad de quienes nos habían odiado siempre, de los tejanos, naturales enemigos nuestros, de Houston, el terrible rebelde que había sido el verdadero autor de la emancipación y que ahora gobernaba á Tejas, con gran ardor secesionista y esclavista, aspirando á incautarse de nuestros Estados fronterizos; esta amistad era una añagaza : en el Norte estaban nuestros amigos y Méjico podía llegar por este medio á ser un factor importante de la reunificación de la gran república en que acababa de comenzar una espantable guerra civil.

☉ En honor de la verdad, nuestro Gobierno, hipnotizado por la certeza de una guerra con España, entró de lleno en los planes de Mr. Corwin aun antes de la ley de suspensión de pagos, y las muestras de amistad para con los del Norte fueron ostensibles, aun exponiéndonos á represalias peligrosísimas de parte de los confederados; la más clara de estas pruebas de ENTENTE CORDIALE fué el permiso de hacer transitar tropas federales de los Estados Unidos por el Estado de Sonora en dirección á Arizona. Los agentes de la reacción en Washington pusieron el grito en el cielo y declararon que Juárez vendía la independencia; entre ellos descollaba D. Gregorio Barandiarán; era éste un elegante y soberano vividor, verdadero tipo de gran señor de decadencia, que parecía, más bien que un representante genuino de nuestra aristocracia criolla, vegetando timorata en la atmósfera de las sacristías y en la práctica apasionada de los SPORTS nacionales (coleaderos, jaripeos, juegos de azar y novenarios), un producto puro del segundo imperio napoleónico, gallardo, amable, buen compañero, amabilísimamente vicioso, amigo fiel y diplomático de salón. La reacción tuvo en él, durante la lucha de LOS TRES AÑOS y en la época del Imperio, un decidido y peligroso agente, por su don especial para contraer relaciones y hacerse simpático; terminó aquí en Méjico sus días viejo, olvidado, pobre y desilusionado, pero siempre gran señor

por sus maneras, su trato exquisito y los recuerdos de una vida singular al través de un mundo de oropel y encajes desvanecido en la doble catástrofe de Querétaro y Sedán.

☉ Esta grito de los reaccionarios puso en mayor relieve nuestra decisión de favorecer á los federados, y Mr. Corwin dejó tomar cuerpo á un primer tratado que, dada aquella terrible situación de penuria y angustia, era cuanto podía hacerse; una línea más allá y la Patria habría sido sacrificada. Pero esa línea no se franqueó en el esbozo de convenio enviado por el Ministro americano á Washington y que obedecía á un doble interés : el de impedir que los Estados del Sur extendieran por todo el Norte de Méjico su mancha negra, en vista de lo cual pedíamos que el Norte garantizara nuestros límites, y el de proporcionarnos recursos hipotecando todos los terrenos de propiedad nacional (baldíos ó nacionalizados) por determinado número de años al pago de intereses y capital. Méjico tenía fe en su porvenir y creía estar en aptitud de pagar cuando tuviese los recursos necesarios para su pacificación y asegurada la defensa de sus fronteras. Pero pasaba el tiempo; nada positivo venía de los Estados Unidos, en donde, si contábamos con la solícita simpatía de Abraham Lincoln, que no olvidaba que Méjico había sido la primera, la única nación que lo había felicitado á su advenimiento, en cambio teníamos por adversario á la situación misma, que no podía ser más precaria para los del Norte, porque puede asegurarse que, cuando menos, en los años de 61 y 62 un reconocimiento formal de los del Sur, por la Europa marítima, habría sido una herida de gravedad extrema para la causa de la Unión. Esto lo había comprendido bien Napoleón III, y con su decisión habitual para concebir y plantear una empresa puso el pie en Méjico; pero el Emperador, si entreveía su objeto y veía el camino, jamás puso los medios para realizar sus miras sino á medias; dejaba á los sucesos hacer lo demás; los sucesos casi nunca hicieron lo que esperaba de ellos la voluntad enferma del César.

☉ Además, antes que llegara la noticia de la ley de suspensión de pagos (Julio), había circulado en los Estados Unidos una especie muy bien autorizada y que debe de haber engendrado singular desconfianza de todo cuanto á nosotros se refería : mientras proponíamos un tratado de garantía de límites con la condición expresa de que para nada se diese participación en él á las potencias europeas, por otro lado Mr. Mathew, á quien el Gobierno mejicano manifestaba estima tan alta que había pedido se le nombrase de nuevo plenipotenciario de Inglaterra, aseguró, al pasar por Washington, que el Gobierno de Juárez estaba dispuesto á aceptar una intervención europea (Inglaterra, España y Francia) sobre estas bases : garantía de límites; inspección por cinco años de aduanas y rentas por cuatro comisionados, de los que uno sería mejicano, encargándose durante el mismo tiempo de la policía de nuestras costas fuerzas navales competentes de las tres potencias, y en cambio de estas concesiones las potencias se comprometían á no exigir á Méjico cobro alguno por asignaciones. Probablemente el ex-ministro inglés había concebido este plan (y era muy dado á fraguarlos, como lo demostró en la lucha de Reforma), habló con algunos liberales sobre el particular y dió por hecho su absurdo fantaseo. Mas, inverosímil como era todo esto y absurdo